

## ELOGIO FÚNEBRE

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA PÍO IX, PRONUNCIADO EN LAS  
SOLEMNES EXEQUIAS CELEBRADAS EN LA IGLESIA PARROQUIAL  
DE TAMPICO, EL DÍA 8 DE MARZO DE 1878, TRIGÉSIMO  
DE LA MUERTE DE SU SANTIDAD.



ELOGIO FÚNEBRE

De Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío IX. pronunciado en las  
solemnitas exequias celebradas en la Iglesia parroquial  
de Tamayo, el día 8 de Mayo de 1878. traducido  
de la muerte de S. S. S. S.



ERIT ENIM MAGNUS.  
HA DE SER GRANDE.  
*Luc. I, 15.*

**Y**A no hay duda, Hijos míos. Por más que pongamos en cuestión la autenticidad de la triste noticia; por más que desconfiemos de la veracidad del alambre telegráfico; por habituados que estemos á ver desmentidas mañana, las nuevas que hoy se nos transmiten de allende los mares, nuestra desgracia es cierta, nuestro luto seguro, nuestra orfandad inevitable. Pío IX ha muerto. La cabeza de la Iglesia á que pertenecemos, nuestro Padre y favorecedor especial ha desaparecido para siempre. Esa figura gigantesca, que por tantos años nos habíamos acostumbrado á mirar sobre



el solio de San Pedro, ya no nos sostendrá con sus palabras, ya no nos estimulará con su ejemplo, ya no nos animará con su fortaleza. El Pontífice augusto que erigió nuestra diócesi de Tamaulipas, que os proveyó de Pastor y consagró á vuestro primer Prelado, ha pagado á la naturaleza el imprescindible tributo.

Menos hieren las flechas, cuando las vemos venir con tiempo sobre nosotros, dice San Gregorio, *minus jacula feriunt quæ prævidentur*; pero hay desdichas que mientras más previstas más abruma; mientras más esperadas más afligen; mientras más diferidas más anonadan. Tal sucede, Hijos míos, con el golpe que la Providencia Divina acaba de mandarnos. Hace largos años que la muerte de Pío IX era el tema ordinario de las conversaciones entre amigos y enemigos; cada bendición temíamos fuese la última, cada palabra la postrera, cada vez que besábamos su planta, creíamos no volver á gozar de igual felicidad. Y sin embargo, Pío IX vivía, Pío IX reinaba, Pío IX con su vida milagrosamente prolongada, burlaba las infandas esperanzas de los enemigos de la Iglesia. Pero ya llegó también para el Vicario de Cristo la hora que presto ó tarde tiene que sonar para todo mortal, y de que no quiso eximirse ni el Hijo de Dios. Lloremos, Católicos, sobre esa tumba gloriosa. Depositemos nuestras flores en el sepulcro de ese hombre verdaderamente grande: grande como rey, grande como Pontífice, grande como santo. Si ha habido alguno de los descendientes de Adán, á quien pueda con justicia llamarse, como la Escritura apellida al Bautista, grande por excelencia, *erit enim magnus*, este hombre es sin duda el glorioso Pontífice que acaba de desaparecer.

Cualquiera otro elogio sería rebajarlo; cualesquiera otras palabras nada añadirían á su gloria; por más que hojearse los filósofos antiguos y los Padres de la Iglesia, por más que buscarse textos en las Sagradas Escrituras, nada podría hallar que os diera más cabal idea de su grandeza.

Grande fué Pío IX antes de la exaltación al sacerdocio, grande cuando recibió la imposición de las manos. Grande se mostró bajo la mitra episcopal, y grande con la púrpura cardenalicia. Grande fué al aceptar la triple diadema del Supremo Pontificado, grande entre las aclamaciones del pueblo, y entre la mofa de los ingratos que tan mal pagaron sus beneficios. Grande fué perdonando, y grande sosteniendo los derechos de la Iglesia. Grande fué al añadir una nueva corona á la Madre de Dios, y grande al definir en pleno Concilio las prerrogativas pontificias. Grande lo contemplamos en sus triunfos y progresos, grande en su bien conducida retirada, en su gloriosa derrota, en su larga prisión. Grande fué en su vida, grande en su muerte; grande es sin duda en el trono de gloria á que el Señor lo ha conducido. Pueblos de la tierra, generaciones todas, rodead esa tumba, y decid si habéis contemplado jamás tanta grandeza.

Yo, Señores, deslumbrado con tanto brillo, embargada mi mente con la pena, sobrecogido de temor ante un espectáculo nuevo en mi vida, el dolor, el estupor, la admiración anudan mi lengua, y no puedo más que repetir maquinalmente las palabras del Eclesiástico: *Ved ahí, ved ahí al sacerdote grande*. Católicos ó heterodoxos, cristianos ó infieles, adictos al Pontificado ó enemigos de la Iglesia de Cristo, mirad ahí al varón intachable, amigo



de Dios y de los hombres, que fué agradable á Jehová en los largos días que peregrinó sobre la tierra. Mirad, mirad al sacerdote insigne en quien nadie pudo hallar jamás la menor mancha; que á los ojos del Señor fué justo, y á los del mundo santo y glorioso. Ved, ved ahí al sacerdote grande; *ecce sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo et inventus est justus.*

En verdad, Señores, que no voy á tejer su elogio, ni á trazar la historia de su pontificado. Si tal fuera mi misión, preferiría guardar silencio por ahora, y esperar á que de otras comarcas lleguen las elocuentes palabras que ilustres varones pronunciarán en loor de Pío IX, para repetíros las después, como eco humilde.

Pero el primer Pastor de Tamaulipas tiene una deuda muy especial hacia el Pontífice que acaba de exhalar el último suspiro. Como católico, he venido en medio de mi pueblo á deshojar flores sobre su tumba y á ofrecer por su alma bendita el incienso de mis tibias oraciones. Como Obispo, os he convocado á asistir al solemne sacrificio en que mis manos han inmolado, en honra y sufragio suyo, al Cordero inmaculado. Pero como consagrado por sus augustas manos, como favorecido por Pío IX, algo más le debo, y sería un ingrato si en este día tristísimo me contentase con tributarle un homenaje ordinario. En su regia antecámara, en su ejército, en su dorado calabozo, de cerca lo vi, de cerca lo traté, y me colmó de beneficios su soberana munificencia. A mi Jefe, pues, á mi Soberano, mi Amo, mi Bienhechor y mi Padre, os convidó á llorar y admirar. Quédese para otros el compilar la crónica de su larguísimo reinado, el escribir la historia del Concilio por él convocado, el enume-

rar los concordatos hechos por su orden, los monumentos debidos á su regia liberalidad, los establecimientos por él fundados. A otros toca hacer resaltar la sabiduría de su política, la prudencia de sus concesiones, la oportunidad de su resistencia; otros en fin, santos como él, podrán (permitidme esta reminiscencia de Santo Tomás) podrán encarecer las virtudes del Santo que ha sido trasladado á los cielos. Mi tarea es más humilde, más fácil, más sencilla. Se reduce á dejar al corazón llagado exhalar libremente sus gemidos, y á recordaros, á más de algunas fechas importantes, unos cuantos sucesos de los más prominentes, presenciados no pocos por quien hoy os invita á mezclar vuestro llanto con sus lágrimas de gratitud.



## I

Era la primavera de 1792. Las brisas del Adriático mecían en la pintoresca Sinigaglia la noble cuna de un infante, que al mismo tiempo que las rosas de Mayo, alegraba la ya fecunda unión de Jerónimo Mastai y su esposa Catarina Solazzi. Oriunda de Lombardía, hacía tiempo que la ilustre familia se hallaba establecida en los Estados Pontificios, y más de un siglo que el título de Conde se había conferido á sus primogénitos por el Duque reinante de Parma y Plasencia. El apellido Ferreti se había añadido al de Mastai, en consecuencia de una alianza con una rica heredera de este nombre, y en el escudo de armas de Pío IX, nos hemos acostumbrado á ver unidos al león del segundo, las barras correspondientes al primero.

Aquel niño, destinado á una vida casi tan larga como la del Apóstol predilecto de Jesús, á llevar cual éste, sin morir, la corona del mártir, y á cuidar como él de la honra de la Virgen Santísima; aquel niño, de quien ya desde entonces podía decirse como del Bautista: este pequeño será grande delante del Señor, porque la mano de Dios está con él, *hic puer magnus coram Domino, nam et manus ejus cum ipso est*; aquel niño tres veces privilegiado, al recibir en la sagrada fuente, juntamente con el

nombre de María, el del Precursor y el del Evangelista, fué puesto bajo el amparo de tan esclarecidos protectores. El nombre del glorioso Príncipe del Colegio Apostólico á quien estaba destinado á suceder un día, y el del santo agricultor español, le fueron añadidos por su piadoso tío y padrino el Canónigo Mastai, quien al regenerarlo en las aguas del bautismo el día siguiente á su nacimiento, lo llamó JUAN MARÍA, JUAN BAUTISTA, PEDRO, ISIDRO.

Apenas nacido, resonaron en la vecina Francia aquellos gritos báquicos que inauguraban una éra de sangre y de horrores, de trastornos radicales y cambio total en principios, en ideas, en la vida social, religiosa y política del orbe entero. No era aquel el siglo de la electricidad ni del vapor; pero en alas de la fama llegaron las infaustas noticias á perturbar la paz de los apartados moradores de las riberas del Adriático. ¿Penetraron las nuevas ideas en la familia Mastai-Ferretti, como más tarde se le echó en cara, ó fueron por ella miradas con horror y rechazadas de su seno? Los hechos, Señores, hablan más alto que las conjeturas, y sabemos que el padre del futuro Pontífice, *gonfalonero* de su ciudad natal, en tiempo de la ocupación francesa se mantuvo fiel á su soberano; y aunque templada con aquella suave prudencia y contemporización que legó en herencia á su augusta prole, desplegó gran firmeza ante el invasor. Sabemos que uno de los hermanos del Conde, padeció dura prisión por haberse rehusado á reconocer la autoridad del jefe francés, y que toda la familia Mastai sufrió grandes vicisitudes á consecuencia de su patriotismo y lealtad. Vemos igualmente al niño Juan Mastai, en aquella épo-



ca de entusiasmo marcial y de furor revolucionario, enviado á la temprana edad de once años, no á un colegio militar ni á una escuela náutica, sino al seminario eclesiástico dirigido en Volterra por los religiosos que fundara San José de Calasanz.

Pero en vano te afanas, tierno niño, en seguir una senda por que Dios no parece llamarte. Esos violentos ataques epilépticos, que empiezan á afligirte á la edad de diez y seis años, te hacen inútil para el sacerdocio. Es verdad que un año después te confiere la tonsura el venerable Prelado de Volterra, Monseñor Incontri; pero es debido á su amistad con tu piadosa madre, y las sagradas órdenes te serán negadas por él y por todos. Marcha, marcha á Roma, á proseguir tus estudios eclesiásticos; todo será en vano, allí recibirás nuevas pruebas de que no te llama el Señor al santuario.

En efecto, Señores, en 1810 invadieron los franceses á Roma, y el enfermizo Abate Mastai se vió obligado á volver al seno de su familia, y á abandonar carrera y estudios. En breve tiempo todo cambió en Europa y en la Península Italiana, y el joven tonsurado recibió solemne intimación de presentarse, no ante su Obispo á recibir las órdenes, sino ante el Virrey de Italia, á formar parte de su guardia de honor. ¡Bendita epilepsia! Ésta impidió al seminarista desenvainar la espada, y preservó á la Iglesia un gran Pontífice. La Providencia abatió al Coloso, restableció en su trono al Vicario de Cristo, y en 1814 el joven Mastai presenciaba en Roma la entrada triunfal del augusto Pio VII, de vuelta de su inicuo cautiverio. Los nombres del Abate Graziosi, del Canónigo Storace, de Monseñor Caprano, quedarán con-

signados en la historia, más todavía que por su saber como teólogos y jurisconsultos, por haber formado como profesores y amigos al futuro Jefe de la Cristiandad. El Venerable Siervo de Dios, Vicente María Strambi, Obispo de Macerata, contará entre sus méritos el haber guiado los primeros pasos del que fué más tarde Pio IX, por la senda del evangelista y del misionero. Los habitantes de la provincia de Sinigaglia conservaron por mucho tiempo la memoria del celo, sencilla elocuencia y fervor apostólico del menorista Mastai, que acompañó á aquel Prelado en sus tareas, en las misiones que á tantos convirtieron, hacia mediados de 1818. Contaba ya veintiseis años, y su salud algún tanto mejorada le permitió recibir el subdiaconado en Diciembre de 1818, y en Marzo de 1819 el orden jerárquico del diaconado.

Veis, Señores, que desde la aurora de su vida se consagró voluntariamente al Señor; que no hay en la historia de su juventud ni descarríos ni devaneos, que desde muy temprano dió su nombre á la milicia de Cristo, de buena voluntad y aun antes que sus tiernas manos pudiesen sostener el sable que jamás empuñó. Veis que desde su infancia se acostumbró á los combates y á las luchas, y en tan dura escuela fué adquiriendo su alma ese temple de acero, de que dió muestras hasta sus últimos instantes. No todos quizá comprenderéis cuánta constancia, cuánta fortaleza, cuánta grandeza se necesitan para continuar una carrera literaria cuando todo nos induce á cortarla; para obstinarse en penetrar en el santuario cuando los hombres, y á veces aun Dios mismo parecen repelernos; para escuchar la voz del Señor que interiormente nos señala un camino, y exteriormente